



ANALFABETOS Y CULTURA LETRADA EN EL SIGLO DE CERVANTES: LOS EJEMPLOS DEL QUIJOTE

LEONOR SIERRA (*)

*Para mi «Netherlands» por su gran amistad.
En recuerdo de nuestro «spanglish»
y nuestras inolvidables jornadas de «shopping».*

*...si los receptores de la literatura eran tan
pocos y necesariamente intelectuales,
hay una serie de cosas que no entendemos.
¿Cómo es que los escritores, sobre todo
desde fines del siglo XVI, se dirigen una y otra vez
al vulgo, o sea, a un público amplio,
generalmente juzgado ignorante?...¹*

RESUMEN. En la Edad Moderna se constata, al igual que en el período medieval, un elevado índice de analfabetismo en el conjunto de la población. Sin embargo, con la llegada de la época moderna se produce un acercamiento, cada vez mayor, entre los analfabetos y la cultura letrada. De esta manera, el sector iletrado de la sociedad intensifica su relación con la lectura y la escritura, siempre a través de la oralidad. Este creciente contacto entre las clases populares y el universo culto está presente en muchas de las obras literarias de la Edad Moderna. Este es el caso de *El Quijote*, novela en la que Miguel de Cervantes describe, de forma magistral, la sociedad y la cultura del siglo XVII. Los analfabetos que aparecen en esta obra cervantina conviven, en diferentes ocasiones, con muchos de los elementos del ámbito cultural del Siglo de Oro. Así, los personajes iletrados de *El Quijote* entran en contacto con las instituciones docentes y las disciplinas académicas de su tiempo, siempre con la participación de un intermediario capacitado para leer y escribir.

ABSTRACT. In the Modern Age, just as in the Middle Ages, there was a high rate of illiteracy among the population at large. However, during the Modern Age there was a gradual approach between the illiterate and the learned culture. In this way, the illiterate sector of Society intensified its relations with reading and writing, though always by way of orality. The growing contact between the popular classes and the cultivated world is present in many of the literary works of the Modern Age. This applies to *Don Quixote*, a novel in which Miguel de Cervantes gives a masterful account of Society and culture in the 17th century. The illiterate appearing in this work by Cervantes on various occasions live alongside a number of elements in the cultural realm of the Golden Age. Thus the illiterate characters of *Don Quixote* come in contact with the teaching institutions and the academic disciplines of their day, always thanks to the participation of an intermediary who is able to read and write.

(*) Universidad de Alcalá de Henares.

(1) M. Frenk: *Entre la voz y el silencio: La lectura en tiempos de Cervantes*. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997, pág. 24.

INTRODUCCIÓN

Miguel de Cervantes vivió y desarrolló su actividad como escritor en una época en la que las monarquías europeas habían configurado la idea y la realidad de lo que se conoce como el «Estado moderno». Este tipo de Estado se caracterizaba por un alto grado de centralización, ya que todo el poder político se concentraba en la figura del rey.

Uno de los elementos que contribuyeron, de una manera más eficaz, a este proceso de concentración de autoridad en las manos reales, fue el sistema burocrático, creado por los monarcas para ejercer un gobierno más efectivo sobre sus territorios y súbditos. Este sistema administrativo contaba con una pieza indispensable, la escritura, en la que los gobernantes descubrieron el mejor instrumento para controlar a toda la sociedad. De esta manera, el rey gobernaba desde su despacho, en el que se redactaban y revisaban todos los documentos relativos a sus dominios, e incluso en el que se coordinaban todos los órganos administrativos del reino. En consecuencia, la escritura era utilizada, de la misma forma que lo es en la actualidad, como «un instrumento de poder y del poder»².

En el caso de España el monarca que, sin duda, ejemplifica mejor este tipo de gobierno es Felipe II, en cuya corte, altamente burocratizada, se recogía por escrito cualquier aspecto relacionado con el funcionamiento del reino. Además del rey, los encargados de redactar y revisar todos los documentos que afectaban a las tareas de gobierno, eran los profesionales de la escritura que estaban a su servicio: escribanos, secretarios, notarios, etc. Sin embargo, la labor de redacción, no era la única que había que tener en cuenta a la hora de ejercer con éxito el monopolio de la razón gráfica y en consecuencia, el control de la población. La administración real, junto con las tareas de escritura, debía encargarse de conservar tanto los documentos que se expe-

dían como los que se recibían, decidiendo lo que se debía y no se debía destruir³. El heredero de Felipe II, Felipe III, más preocupado por divertirse que por gobernar, concedió plenos poderes a un valido para que se hiciera cargo de los asuntos del Estado, entre los que se encontraba el funcionamiento del aparato burocrático. El primer valido fue el duque de Lerma, que tuvo este cargo hasta 1618, año en que fue sucedido por el duque de Uceda. A pesar de que el soberano no gobernaba, ambos validos continuaron utilizando la razón gráfica como un elemento esencial para dirigir el estado, ya que éste mantuvo su carácter centralizado.

Así, la escritura se convirtió en un elemento indispensable para los gobernantes del Estado moderno. Sin embargo, este desarrollo de la actividad escrituraria no quedó circunscrito a los órganos de gobierno, sino que afectó a todos los estratos sociales de la época: nobles y plebeyos, letrados y analfabetos. Por otro lado, este fenómeno no se produjo sólo en relación con el acto de escribir, sino también con la lectura y con todos los aspectos que conformaban la cultura de la época.

Durante la Edad Media la mayor parte de la población permaneció analfabeta y prácticamente aislada de la cultura letrada de su tiempo. La relación que mantuvo con la lectura y la escritura se realizó siempre con la presencia de un intermediario y mediante el uso de la voz. Asimismo, el escaso contacto que existió entre la gran masa social iletrada y el espacio erudito del medioevo tuvo lugar a través de los usos orales. Con la llegada de los tiempos modernos se produjo un cambio en este sentido, ya que no sólo los eclesiásticos y la élite social gozaron de la relación con lo escrito y lo reconocido como culto. Los menos privilegiados comenzaron a acceder, de forma cada vez más frecuente, al universo de los letrados, si bien, mantuvie-

(2) A. Castillo Gómez: «La fortuna de lo escrito: funciones y espacios de la razón gráfica (siglos xv-xvii)» en *Bulletine Hispanique*, 100 (1998), 2, pág. 368.

(3) F. Bouza: *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*. Madrid, Akal, 1998, pp. 29-30.

ron la tradición del medioevo y lo hicieron casi siempre oralmente.

De esta forma, aunque es cierto que durante la Edad Moderna los niveles de analfabetismo continuaron siendo elevados, también lo es que existió una mayor difusión de la cultura letrada en el conjunto de la sociedad. A este respecto es necesario tener en cuenta que el contacto con el mundo alfabetizado y erudito se produjo, en mayor o menor medida, en función de los siguientes aspectos: las diferencias regionales, si el modo de vida era urbano o rural, la condición social, la actividad profesional y el sexo⁴. En líneas generales, la alfabetización y por lo tanto, la posibilidad de acceder a la cultura «cultura», era prácticamente total entre los nobles y el clero. Si bien, un sector, cada vez más amplio, del tercer estamento accedió a la alfabetización y a ciertos aspectos del mundo docto. Este es el caso de los comerciantes y los artesanos, cuya labor profesional requirió que aprendieran a leer y escribir⁵. Además, las actividades comerciales o mercantiles se desarrollaron fundamentalmente en las ciudades, lo que favoreció que el número de población alfabetizada fuera mayor en el mundo urbano que en el rural. Por otro lado, las ciudades ofrecían unas oportunidades educativas, que en ningún caso se daban en el campo, ya que en ellas era más frecuente la existencia y el mantenimiento de escuelas, así como la presencia de centros universitarios en algunos casos⁶.

Asimismo, a partir de los diversos estudios que se han realizado sobre la actividad editorial y el mercado del libro en la época moderna, se ha comprobado que, poco a poco, el libro impreso dejó de ser un privi-

legio exclusivo de los nobles, y comenzó a estar al alcance de lectores pertenecientes a otros sectores de la sociedad⁷. Estos continuaron siendo una minoría en relación con los lectores de las clases privilegiadas, pero eran un número considerable si lo comparamos con la cantidad de usuarios del libro que había en épocas anteriores.

Por lo tanto, se produjo un incremento en los niveles de alfabetización en el conjunto de la sociedad moderna. Esta circunstancia sin duda favoreció que tanto la élite social, como las clases subalternas tuvieran un mayor contacto con la cultura erudita. De esta manera, por ejemplo, los miembros de las clases privilegiadas y los grupos más populares tenían acceso a los mismos géneros literarios, independientemente de su procedencia social. No obstante, es necesario precisar que, en muchos casos, esta relación con la cultura letrada, se produce de forma diferente en función del estamento social al que se pertenece. Los individuos altamente alfabetizados, por lo general pertenecientes al grupo de los más privilegiados (nobles y eclesiásticos) y a los profesionales de prestigio (abogados, notarios, médicos, etc.), accedían a los textos mediante la lectura erudita, esto es, una lectura silenciosa y solitaria, cuyo propósito principal era obtener nuevos conocimientos⁸. Por el contrario, la mayoría de los miembros de las clases populares, alfabetizados o no, recurrían a la lectura extensiva para conocer los diferentes géneros literarios. Este tipo de lectura se caracteriza por el uso de la voz y por la participación de un lector oralizador que lee para una asamblea de auditores. Muchos textos de ficción del Siglo de Oro fueron difundidos de esta

(4) B. Benassar: *La España del Siglo de Oro*. Barcelona, Crítica, 2001, pág. 272.

(5) A. Viñao Frago: «Alfabetización y primeras letras (siglos xvi-xvii)» en A. Castillo Gómez (compilador): *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*. Barcelona, Gedisa, 1999, pág. 45.

(6) J. Amelang: «Formas de escritura popular: las autobiografías de artesanos» en A. Castillo Gómez (compilador): *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, pp. 130-135.

(7) R. Chartier: «Del libro a la lectura. Lectores «populares» en el Renacimiento» en *Bulletine Hispanique*, 99 (1997), 1, Burdeos, pág. 310.

(8) J. M. Prieto Bernabé: «Prácticas de la lectura erudita en los siglos xvi y xvii» en A. Castillo Gómez (compilador): *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*. Barcelona, Gedisa, pp. 317-318.

manera entre la población⁹; su lectura de viva voz permitía que los individuos analfabetos accedieran a los libros y los textos.

Así, durante la Edad Moderna los iletrados también intensificaron su relación con la lectura y la escritura, siempre mediante los usos orales. Asimismo, este aumento de su acceso a la cultura escrita en particular, supuso al mismo tiempo un mayor acercamiento a toda la cultura de su tiempo en general. Los analfabetos contactaron, a través de la voz, además de con los géneros literarios, con otras disciplinas que se estudiaban en la época y con las instituciones educativas modernas. Si bien, es necesario matizar que este encuentro no fue tan frecuente como el que tuvieron con la literatura.

Esta progresiva penetración de la cultura escrita y del mundo letrado en la sociedad de la Edad Moderna ha quedado reflejada en muchas de las obras literarias de este periodo. Este es el caso del *Quijote*, novela en la que Cervantes nos ha dejado un magnífico retrato de la sociedad y la cultura del siglo xvii. Son muchos los episodios de esta novela en los que se constata el encuentro de individuos no letrados con la cultura docta de su tiempo.

El objetivo de este trabajo no es otro que analizar cómo los iletrados de esta obra cervantina entran en contacto con algunos elementos del universo culto del Siglo de Oro. Me ocuparé, más concretamente, de la relación que pueden llegar a tener los analfabetos con las instituciones docentes modernas y con algunas áreas de estudio, propias del mundo académico. Consideraré en gran medida que este contacto siempre se establecía con la presencia

de un intermediario letrado y a través de la oralidad. En consecuencia, obviaré la relación que existió entre los iletrados y la cultura escrita, ya que en una ocasión anterior dediqué un artículo a este aspecto¹⁰.

Por último, creo que es importante señalar que he considerado como analfabetos a aquellos individuos que no saben leer o escribir con un mínimo de destreza. Es decir, he tenido en cuenta los estudios del profesor Antonio Viñao Frago, quien plantea que las investigaciones sobre los niveles de alfabetización no pueden estar basadas sólo en la capacidad de firmar o en la habilidad para escribir¹¹.

LOS ANALFABETOS Y LA CULTURA LETRADA

FIGURAS DE ANALFABETOS

A lo largo de su prodigiosa obra *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Miguel de Cervantes nos presenta un numeroso y variado elenco de personajes analfabetos, de los cuáles sólo algunos manifiestan, de forma explícita, su incapacidad para leer y escribir. En el resto de los casos únicamente podemos intuir su condición de no letrados, teniendo en cuenta su posición social, profesión o el lenguaje que utilizan. No es posible afirmar categóricamente que estos personajes fueran iletrados, ya que en el texto del *Quijote* no encontramos palabras o hechos que directamente así lo atestigüen. Por lo tanto, en este trabajo me centraré en el análisis de aquellos personajes que aparecen como analfabetos «declarados»: Sancho Panza, Teresa Panza y un grupo de cabreros (I, caps. xi-xiv).

(9) R. Chartier: «Ocio y sociabilidad: la lectura en voz alta en la Europa Moderna» en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona, Gedisa, 1992, pág. 123.

(10) L. Sierra Macarrón: «Escribir y leer para otros: figuras del analfabetismo en el texto cervantino» en A. Bernat Vistarini (ed.): *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, celebrado en Lepanto del 1 al 8 de octubre de 2000*. Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, 2001, pp. 287-400.

(11) A. Viñao Frago: *Alfabetización y primeras letras (siglos XVI-XVII)*, pp. 39-51.

Sancho Panza es el ejemplo más representativo que, del analfabetismo, encontramos en la obra de Cervantes. El escudero de Don Quijote aparece descrito desde el principio de la novela como un iletrado. Esta descripción se conforma tanto con las palabras del propio Sancho, como con las de aquellos que están a su alrededor. Cervantes nos lo presenta en los primeros capítulos de la siguiente manera: *«En este tiempo solicitó Don Quijote a un labrador, un hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la molla...»*¹². Sancho es un labrador, de escasos recursos, que vive en el mundo rural. Esta última circunstancia limita aún más sus escasas posibilidades de acceder a un nivel básico de alfabetización, ya que fue en el mundo urbano donde la población de la Edad Moderna tuvo un mayor contacto con la cultura escrita. Además de este retrato que, como narrador, nos proporciona Cervantes, Sancho Panza manifiesta abiertamente que no sabe ni leer ni escribir: *«... y así será menester que se me den por escrito; puesto que no se leer ni escribir, yo se los daré a mi confesor para que me los encaje y me los recapacite cuando fuera menester»*¹³. Esta ocasión pertenece al capítulo en el que se narran parte de las aventuras que el escudero vivió como gobernador, y en el que también se hace referencia a un momento de su vida en el que alguien intentó enseñarle a firmar: *«Bien se formar mi nombre –respondió Sancho–; que cuando fui prioste en mi lugar, aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre»*¹⁴. Este ejemplo de Sancho Panza

demuestra que el saber firmar, no significaba necesariamente tener un nivel más elevado de alfabetización, esto es, un conocimiento mayor de las capacidades escrituraria y lectora¹⁵. Sancho se ve a sí mismo como un individuo poco inteligente y carente de conocimientos, tanto que llega incluso a compararse con un burro: *«Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más que la cola...»*¹⁶. Además, alude en varias ocasiones a su escasa preparación intelectual y a su limitado contacto con los ambientes cultos: *«No se apunte vuestra merced conmigo –respondió Sancho– pues sabe que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca...»*¹⁷. Por último, es su señor Don Quijote quien describe su precario grado de inteligencia: *«Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste te juro –dijo Don Quijote– que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo»*¹⁸.

Sin embargo, que a lo largo de toda la novela se haga referencia a la escasa formación académica del escudero, no significa que este no poseyera otro tipo de conocimientos de carácter popular. En numerosas ocasiones Sancho enuncia refranes y cuenta relatos, todos ellos pertenecientes al folclore del pueblo y transmitidos de generación en generación mediante el uso de la voz. Sirva como ejemplo el momento en el que Sancho Panza le cuenta a su señor un relato pastoril en el capítulo xx de la primera parte:

–Digo, pues –prosiguió Sancho–, que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor o cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz¹⁹.

(12) M. de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*. Edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico. Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 1998, (Biblioteca Clásica, 50), i, cap. vii, pág. 91.

(13) *Ibidem*, ii, cap. xliii, pág. 976.

(14) *Ibidem*, ii, cap. xliii, pág. 976.

(15) A. Viñao Frago: *Alfabetización y primeras letras (siglos xvi-xvii)*, pág. 53.

(16) M. De Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*, II, cap. xxviii, pág. 867.

(17) *Ibidem*, ii, cap. xix, pág. 786.

(18) *Ibidem*, i, cap. xxv, pág. 277.

(19) *Ibidem*, i, cap. xx, pág. 212.

La esposa de nuestro escudero, Teresa Panza, es el siguiente personaje que aparece en el *Quijote* como iletrado «declarado». En primer lugar, es su propio marido quien alude a su falta de conocimiento cuando la insulta en repetidas ocasiones, por no comprender lo que él está proponiendo: «Ven acá, mentecata e ignorante, que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha»²⁰. En segundo, Teresa se describe a sí misma como una analfabeta, por ejemplo, en el capítulo I de la segunda parte, cuando le pide a un paje del marqués que le lea la carta que ha recibido de su esposo: «léamelo vuesa merced, señor gentilhombré —dijo Teresa—; porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja»²¹. En el caso de Teresa Panza hay que tener en cuenta que su situación como iletrada no sólo es consecuencia de la clase humilde a la que pertenece y del ambiente rural en el que vive, sino también de su condición de mujer²².

Por último, entre los analfabetos, que se identifican de forma explícita como tales, nos encontramos con un grupo de cabreros, con los que Don Quijote y su escudero se topan en una de sus múltiples aventuras. Los cabreros disfrutaban de una comida con nuestro caballero andante y su fiel servidor, y después de comer les invitaban a escuchar cómo recita uno de ellos, el cual si es capaz leer y escribir: «...que hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí; el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir...»²³. De esta frase se deduce que el resto de los pastores no sabían leer ni escribir, ya que tienen en alta estima al compañero que sí tiene estos conocimientos. Con este ejemplo se comprueba, que si se produjo cierta

difusión de las actividades escrituraria y lectora entre las clases populares, aunque continuó siendo mínima en comparación con la que tuvo lugar entre los grupos de privilegiados.

Una vez que han sido señalados cuáles son los analfabetos que, de forma más clara, nos describe Miguel de Cervantes en el *Quijote*, corresponde analizar cómo contactaron estos con la cultura letrada de su tiempo, mediante la transmisión oral.

LOS ILETRADOS Y LAS INSTITUCIONES DOCENTES

En primer lugar, hay que considerar que los analfabetos acceden a la cultura docta de la mano de un intermediario, perteneciente a ese ambiente erudito. Este mediador se convierte, a través del uso de la voz, en el vínculo de unión entre universo iletrado y el altamente alfabetizado. Así, los analfabetos «declarados» del *Quijote* adquieren algún conocimiento de las áreas de estudio del Siglo de Oro y de las instituciones educativas en las que estas se impartían, porque otros personajes de la novela, vinculados al mundo académico, les describen su funcionamiento.

El primer elemento del sistema docente español de época moderna que aparece en el *Quijote* es la escuela de primeras letras. Este tipo de escuela, que constituía la principal agencia de alfabetización en la España de ese período, es nombrada dos veces en la novela de Cervantes, y en ambas ocasiones interviene la figura de un iletrado. La primera de ellas, cuando Don Quijote le pide a Sancho que busque una escuela en la que le pongan por escrito la carta que ha redactado de memoria para su dama, doña Dulcinea del Toboso: «...y tú

(20) *Ibidem*, II, cap. v, p. 668.

(21) *Ibidem*, II, cap. I, p. 1038.

(22) M^l. del Mar Graña Cid: «Palabra escrita y experiencia femenina en el siglo XVI» en A. Castillo Gómez (compilador): *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, pp. 211-242.

(23) M. de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*, I, cap. XI, pág. 120.

tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, o si no, cualquier sacristán te la trasladará...»²⁴. Los niños o los muchachos, como dice nuestro caballero andante, acudían por primera vez a esta escuela cuando contaban, aproximadamente, seis años de edad; allí aprendían a leer y escribir en su lengua vernácula, a hacer las operaciones aritméticas más sencillas y a recitar partes del catecismo. El número de alumnos de estas escuelas oscilaba entre 38 y 140, lo que dificultaba tanto el ejercicio de la docencia, como la adecuada adquisición de los conocimientos por parte de los estudiantes²⁵. Además, sólo había un maestro y dos asistentes para tal número de niños, de tal manera que la atención individual era prácticamente inexistente.

Don Quijote también le menciona a Sancho esta figura del maestro de primeras letras. A partir de sus palabras es posible interpretar que se refiere a un profesional de la docencia laico, ya que lo distingue claramente del miembro del clero (un capellán) del que habla a continuación. Esta circunstancia es un reflejo de la parcial secularización que afectó al sistema educativo del Siglo de Oro. Ya en el siglo xvi habían surgido las primeras preocupaciones dentro del poder público o civil por intervenir y regular algunos aspectos de la educación de la época. Por ejemplo, algunos municipios promovieron la creación de escuelas de primeras letras²⁶.

Sin embargo, esto no significa que la Iglesia dejara de tener un gran control sobre la actividad docente en la España moderna. Tal y como había sido aprobado

en el *Concilio de Trento* (1545-1563), todos los maestros estaban obligados a enseñar la doctrina cristiana. En otros sínodos, como el de Salamanca de 1604, se estableció que todos los maestros debían contar con la licencia eclesiástica, que se obtenía tras realizar un examen, en el que se medía su nivel de virtud, costumbre, ciencia y doctrina cristiana²⁷. Esta influencia eclesiástica se dio también sobre los textos utilizados en la escuela de primeras letras, de tal manera que Sancho Panza, en el segundo episodio en el que se nombra a este órgano educativo, hace referencia a la presencia de una cruz en las cartillas o silabarios: «Letras —respondió Sancho—, pocas tengo, porque aún no se el A, B, C; pero básteme tener el *Cristus* en la memoria para ser buen gobernador»²⁸. En este ejemplo se comprueba como el escudero, a pesar de ser analfabeto, tiene conocimiento de la existencia de las cartillas de aprendizaje de primeras letras, e incluso es posible que hubiera visto alguna.

Existe una tercera ocasión en la que, en el *Quijote*, se hace referencia a la escuela. Esto sucede cuando Sancho Panza y su esposa Teresa, en una de las conversaciones que mantienen, hablan sobre su hijo: «Advertid que Sanchoico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya a la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia»²⁹. Pero, en este caso no es posible saber con exactitud si el matrimonio se refiere a la escuela de primeras letras o la escuela de gramática. Por un lado, debido a la edad que tiene Sanchoico, es posible imaginar que se trate de esta última. En estas escuelas se impartía la enseñanza de la gramática latina y de los estudios relacionados con ella, como la

(24) *Ibidem*, I, cap. xxv, p. 282.

(25) vv.aa.: *Manual de Historia de España 3. Siglos XVI-XVII*, Madrid, Historia 16, 1991, pág. 382.

(26) A. Viñao Frago: «Alfabetización y primeras letras (siglos XVI-XVII)», pág. 55.

(27) *Ibidem*, pág. 56.

(28) M. de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*, II, cap. XLII, pp. 968-969.

(29) *Ibidem*, II, cap. V, p. 665.

retórica o la poética, siendo su propósito que los alumnos lograran manejar con soltura el latín. No siempre fue posible alcanzar con éxito este objetivo, pues en muchos casos las escuelas de gramática gozaron de muy baja calidad y de una considerable precariedad de medios³⁰. Además, se podría considerar que Sancho y Teresa Panza están refiriéndose a este tipo de escuelas, porque plantean la posibilidad de que su hijo se haga eclesiástico, de la mano de un abad tío suyo. Para convertirse en miembro del clero era indispensable adquirir cierto dominio de la lengua latina, y esto no era posible si previamente no se había recibido la formación elemental en las escuelas de niños. Lo más lógico sería pensar que, si Sancho Panza y su esposa querían que su hijo fuera eclesiástico, éste ya hubiera adquirido esos conocimientos básicos.

Por otro, podría ser que la escuela de la que habla el matrimonio Panza sea una de primeras letras, ya que en ocasiones, no sólo los niños, sino también los jóvenes acudían a estos centros educativos³¹. En cualquier caso, lo más significativo de este pasaje es, sin duda, que tanto Teresa Panza, como su marido son conscientes de la importancia que tiene la formación académica, sobre todo en el caso de su hijo varón. Por el contrario, consideran que lo mejor que puede ocurrirle a su hija es que encuentre un buen marido: «Mirad también que Mari Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos: que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis veros en el gobierno...»³²

El siguiente órgano educativo que está presente en el *Quijote* es la universidad. Esta institución aparece casi siempre representada a través de los estudiantes que han

formado parte de ella. Los dos tipos de alumnos universitarios que presenta Cervantes, siempre con la presencia de un analfabeto, son los bachilleres y los licenciados, si bien, aparecen con más frecuencia los primeros que los segundos. El bachillerato en artes duraba cuatro años, en los cuales se cursaban las siguientes materias: gramática, música, matemáticas, lógica, filosofía moral y filosofía natural. A partir de la fiesta de la Purificación de María (2 de febrero), dentro del cuarto año, se iniciaban los exámenes, ante un tribunal, para conseguir el título de bachiller. Para obtener el grado de licenciado era necesario continuar con el estudio de las disciplinas que se impartían en el tercer y cuarto años del bachillerato. Después, se realizaba un examen con mayor grado de exigencia que el de bachiller. El bachillerato en artes se puede considerar como el grado elemental de la formación universitaria de la época, ya que este título era requisito indispensable para acceder a otros estudios superiores, como los de Teología o Medicina.

El grado de licenciado era algo superior al de bachiller y por lo tanto, gozaba de más prestigio en la sociedad de la época. Esta circunstancia ha sido recogida por Cervantes en el capítulo XIX de la primera parte, cuando don Quijote y Sancho Panza se encuentran con un cortejo fúnebre, en el que viaja un bachiller que finge ser licenciado: «Y así sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López»³³. En este pasaje se nos presenta también la existencia de miembros del clero que poseían el título de bachiller, ya que el citado Alonso López se identifica también como clérigo: «...que no me mate; que

(30) A. Capitán Díaz: Breve historia de la educación en España. Madrid, Alianza, 2002, pp. 97-98.

(31) P. Cardim: «La presencia de la escritura (siglos XVII-XVIII)» en A. Castillo Gómez (coordinador): *Historia de la cultura escrita. Del Próximo Oriente a la sociedad informatizada*. Gijón, Trea, 2001, pág. 275.

(32) M. de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*, II, cap. V, p. 665.

(33) *Ibidem*, I, cap. XIX, pág. 203.

cometerá un sacrilegio: que soy licenciado y tengo las primeras ordenes»³⁴. Además, Cervantes también nos proporciona algunos ejemplos de eclesiásticos que habían obtenido el grado de licenciado, como es el caso del cura de la población en la que vive don Quijote: «Por Dios señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque al principio decía: «Alta y sobajada señora»³⁵. En este ejemplo se constata que Sancho Panza sabía que existían distintos títulos universitarios, ya que trata al cura con el que le corresponde, esto es, el de licenciado. Es posible también que nuestro escudero conociera alguna de las diferencias que había entre el bachillerato y la licenciatura, ya que mantiene un contacto relativamente estrecho con el cura y con un bachiller laico, Sansón Carrasco.

Este último es, sin duda, el universitario que aparece con más frecuencia en el *Quijote*, y el que tiene una relación más cercana con los analfabetos de la obra. Sansón Carrasco mantiene una larga conversación con nuestro caballero andante y su escudero a lo largo de varios capítulos de la segunda parte, corrigiendo en varias ocasiones a Sancho Panza por las equivocaciones que comete al hablar:

—Y de mí —dijo Sancho—; que también dicen que soy yo uno de los principales *presonajes*, della.

—Personajes, que no presonajes, Sancho amigo —dijo Sansón—³⁶

Sancho no acepta de buen grado estas correcciones, de la misma forma que no admite las que le hace su señor. Sin embargo, no tiene reparos en enmendar a su

mujer cuando esta comete algún error lingüístico: «Resuelto has de decir, mujer —dijo Sancho—, y no *revuelto*»³⁷.

Por último, en relación con la enseñanza universitaria, considero necesario señalar que la única universidad que se nombra en el *Quijote* es la de la ciudad de Salamanca: «...que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido muchos años estudiante en Salamanca»³⁸. Esto puede atribuirse al hecho de que, la de Salamanca, era la universidad más antigua que existía en España. Asimismo, el currículo educativo de las facultades de Salamanca servía como modelo para otras universidades de la época³⁹.

LOS ILETRADOS Y LAS DISCIPLINAS ACADÉMICAS

Tal y como he mencionado anteriormente, en los centros educativos de época moderna, como las escuelas de gramática y la universidad, se impartían una serie de materias, algunas de las cuales han sido recogidas por Miguel de Cervantes en el *Quijote*.

Son numerosos los episodios en los que los analfabetos de esta obra entran en contacto con alguna de las disciplinas académicas. La primera de ellas es el latín, cuyo dominio era el propósito fundamental de las escuelas de gramática. El conocimiento de la lengua latina permitía acceder a los estudios de bachiller o licenciado. Sancho Panza, como la mayoría de los no privilegiados de la época, establece una relación con esta lengua a través del sentido del oído. Es muy probable que los conocimientos que el escudero tenía del latín los hubiera adquirido en los oficios religiosos⁴⁰: «Quien ha infierno —respondió

(34) *Ibidem*, I, cap. XIX, pág. 203.

(35) *Ibidem*, I, cap. XXVI, pág. 296.

(36) *Ibidem*, II, cap. III, pág. 650.

(37) *Ibidem*, II, cap. V, pág. 670.

(38) *Ibidem*, I, cap. XII, pág. 129.

(39) A. Capitán Díaz: *Breve historia de la educación en España*, pp. 103-131.

(40) B. Benassar: *La España del Siglo de Oro*, pág. 272.

Sancho— *mula es retencio*⁴¹. En este ejemplo se observa cómo la transmisión oral del latín podía provocar que esta lengua no fuera comprendida correctamente por sus auditores, ya que Sancho malinterpreta la palabra *retencio*.

La siguiente disciplina que conocen los iletrados cervantinos, muy ligada al latín, es la gramática. La gramática latina era la materia fundamental del currículo de las escuelas de gramática, ya que se consideraba que era la base de todos los demás conocimientos⁴². Su aprendizaje continuaba en los años de la enseñanza universitaria, siendo una de las asignaturas esenciales en las facultades de artes. Sancho Panza, en una conversación que mantiene con Sansón Carrasco, alude a este área de conocimiento de la siguiente manera: «Con la *grama* bien me avendría yo —dijo Sancho—; pero con la *tica*, ni me tiro ni me pago porque no la entiendo»⁴³. En este caso el servidor de Don Quijote no sabe muy bien en qué consiste esta materia, ya que cree que el único término utilizado consta de dos palabras.

La Historia es otra de las disciplinas que conocen los analfabetos del Quijote a través de un intermediario. En el caso del saber histórico, la mayoría de las veces, el mediador es Don Quijote y el iletrado que recibe estos conocimientos no es otro que Sancho Panza. Son numerosas las ocasiones en las que el caballero andante cuenta episodios de la Antigüedad, recordando a personajes como Alejandro Magno o Julio César: «Julio Cesar, animosísimo, prudentísimo, y valentísimo capitán, fue notado de ambicioso y algún tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres»⁴⁴. En las escuelas de gramática y las facultades de letras se estudiaban algunos textos históri-

cos como parte de las enseñanzas gramaticales.

Por último, queda mencionar la astrología, que se enseñaba en las facultades de artes dentro de la disciplina de matemáticas. En uno de los episodios del Quijote, se narra cómo nuestro caballero andante y su escudero, en compañía de un grupo de cabreros, hablan sobre un estudiante de Salamanca, que tiene conocimientos de astrología: «Principalmente decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasa allí en el cielo, el sol y la luna...»⁴⁵.

CONCLUSIÓN

Durante la Edad Moderna tuvo lugar un proceso de difusión de la escritura y la lectura en el conjunto de toda la sociedad. El acceso a la cultura escrita, poco a poco, dejó de estar restringido a los privilegiados, y se extendió a otros sectores más desfavorecidos de la población. De esta forma, se incrementaron los niveles de alfabetización en todos los estamentos sociales y en consecuencia, aumentó también el contacto con los textos escritos y con otros aspectos de la cultura del Siglo de Oro. Sin embargo, esto no significó que los iletrados permanecieran ajenos a la cultura «culta» de su tiempo. Entre los analfabetos también se intensificó notablemente la conexión con el mundo letrado de la época moderna, si bien, esta siempre requería de la presencia de un intermediario y se establecía a través de la voz y el oído.

Este creciente contacto que se produce, a lo largo de toda la Edad Moderna, entre los iletrados y la cultura docta ha sido recogido por Miguel de Cervantes en su obra *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la*

(41) M. de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*, I, cap. xxv, pág. 281.

(42) vv.aa., *Manual de Historia de España 3. Siglos xvi-xvii*, pág. 383.

(43) *Ibidem*, II, cap. III, pág. 651.

(44) *Ibidem*, II, cap. II, pág. 644.

(45) *Ibidem*, I, cap. XII, pág. 129.

Mancha, en la que ha dejado para la posteridad un magistral retrato de la sociedad del Siglo de Oro. El escritor muestra a sus lectores las diferentes formas en las que los analfabetos, como Sancho Panza o su esposa Teresa, conocen algunos aspectos de las instituciones docentes de la época (escuelas de primeras letras, escuelas de gramática y universidades) y de las mate-

rias que constituían la enseñanza académica (el latín, la gramática, la retórica, la poética, la filosofía, la historia, etc.). En ambos casos, Cervantes siempre deja constancia de que, a pesar de no saber leer y escribir, estos personajes sabían de la importancia de la razón gráfica y de todas las instituciones y disciplinas que giraban en torno a ella.

